

La célebre poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda nació en Puerto Príncipe (Cuba) en 1814. Sus primeras poesías las publicó en 1839, en España, con el seudónimo de "La Peregrina". Fue muy elogiada en su tiempo y está considerada como una de las más notables poetisas españolas. Publicó también alguna novela—"Sab" y "Guatimozin"—y estrenó varias tragedias: "Baltasar", "Saúl", "Alfonso Munio", etc. Recientemente, el Gobierno de Cuba ha solicitado del de España el traslado a la hermosa isla de los restos de esta ilustre escritora, fallecida en 1873.

# BRENHILDE

## UN CAPÍTULO APASIONADO EN LA VIDA DE GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA

**N**O siempre se ha de hablar de personajes relevantes. Bueno es recordar de vez en cuando a los seres oscuros, llamas macilentas que un día ardieron, y de los que no se ha vuelto a hablar. Uno de estos seres fué Brenhilde.

Brenhilde no tuvo ninguna personalidad. Ni siquiera se llamaba Brenhilde, sino María, y vivió sólo siete meses. Pero vivió dramáticamente, siendo nudo y desenlace de la tragedia de una mujer de genio, Gertrudis Gómez de Avellaneda, su madre.

La Avellaneda fué en su tiempo una de las figuras más destacadas de las letras españolas. Los estrenos de sus obras constituyeron siempre acontecimientos de importancia, con todo el aparato de lluvia de flores y suelta de palomas con que se solían celebrar entonces los triunfos de esta clase. Desde muy joven, hasta el día de su muerte, la gran poetisa cubana estuvo rodeada por el halago de sus contemporáneos. En el ambiente agitado del Madrid romántico—cuando se estrenaba "Don Juan Tenorio" y Teodora Lamadrid, o Julián Romea arrancaban ovaciones al público—aquella mujer de belleza singular triunfó plenamente. Pero es dolorosa ley de las mujeres que triunfan ante el exterior que guarden una intimidad fracasada, hecha de sinsabores y desengaños.

El clima del éxito es poco propicio a la felicidad femenina. El varón es más dado a perdonar en la mujer sus flaquezas que a premiar sus excelencias. Su papel masculino se aviene más con una tolerante comprensión de las deficiencias que con una admiración tierna. Hasta diríase que la admiración del hombre nunca puede ser tierna, y que su ternura necesita estar amparada en sentimientos cuya escala va desde la condescendencia al desprecio. No es una ley general, como no lo es ley alguna; pero suele producirse con frecuencia. Y así la historia de las mujeres egregias, dotadas de una inteligencia superior, es la historia de pobres mujeres solas, con el corazón dolorido y árido.

De Gertrudis Gómez de Avellaneda son estas palabras, tan altivas como llenas de amargura: "Abrumada por el instinto de mi superioridad, yo sospeché entonces lo que después he conocido bien: que no he nacido para ser dichosa y que mi vida sobre la tierra será corta y borrascosa."

Cuando en 1840 la Avellaneda llegó a Madrid, era el Liceo el centro literario más importante. Allí se organizaban veladas musicales, se leían obras y se recitaban versos. La primera vez que la poetisa cubana entró en el selecto cenáculo fué de incógnito. Zorrilla recibió de D. Juan Nicasio Gallego el encargo de acom-



pañar a Gertrudis y de leer una poesía suya, sin decir su autor. Zorrilla mismo cuenta lo ocurrido:

"Subí a la tribuna y leí como mejor supe unas estancias endecasílabas que arrebataron al auditorio. Rompióse el incógnito y, presentada por mí, quedó aceptada en el Liceo y, por consiguiente, en Madrid, como la primera poetisa de España, la hermosa cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda."

Zorrilla no sólo fué sensible a los endecasílabos, sino que también dejó constancia del efecto que le produjo la bella presencia de "Tula".

"Porque la mujer era hermosa; de grande estatura, de esculturales contornos, de bien modelados brazos y de airosa cabeza coronada de abundantes rizos y gallardamente colocada... Su voz era dulce, suave, femenil; sus movimientos lánguidos y mesurados, y la acción de sus manos delicada y flexible..."

Tal vez ya entonces, entre el cortejo de sus admiradores, se contara Gabriel García Tassara, el poeta andaluz, y fijarla en ella el ardor de su mirada, que contrastaba con el trazo rígido de su boca, esa boca desdenosa e indolente de los hombres que han nacido para inspirar amor y no compartirlo.

La Avellaneda ya había sufrido desastres sentimentales, pero habían sido de una índole más soportable que el drama íntimo de sus amores con Tassara. Ignacio Cepeda la había hecho sufrir ya—y aún la haría sufrir todavía—con un desvío torturador; pero padecer por una pasión vigente encierra su encanto, su voluptuosidad espiritual. Lo que se hace insoponible es cuando se abre el abismo ácido de la decepción. No hay tortura que se pueda comparar a la de descubrir que se ha puesto el corazón allí donde no se debió haber puesto. Esta fué la tragedia de los amores de la Avellaneda con Tassara.

El había venido de Sevilla algo antes que Gertrudis y era considerado como un buen poeta lírico. En cuanto conoció a "Tula" se enamoró perdidamente de ella. Debía Tassara considerarse bien insignificante al lado de esta mujer que acababa de triunfar ruidosamente con el estreno de su drama "Alfonso Munio", y cuyo atractivo en todos estilos era unánimemente reconocido. Tal vez por eso dice uno de sus biógrafos que Tassara, al saberse correspondido, "se sorprendió mucho". Pero la sorpresa debió de ser bien transitoria, pues, al poco tiempo de iniciadas las relaciones, era él quien suscitaba escenas de celos y quien amargaba con sus desvíos la existencia de su apasionada amante, obedeciendo al instinto común en los hombres, que rara vez soportan la pesadez de ser intensamente amados.

Cuanto más tempestuosa era su vida sentimental, con más ahinco se entregaba la poetisa a las tareas literarias.

El 7 de octubre de 1844 estrenó en el Teatro de la Cruz el drama trágico en verso "El príncipe de Viana", con gran éxito. En la representación se destacaron Bárbara Lamadrid y Matilde Díez, y el público solicitó la presencia de la autora y le arrojaron al escenario flores y coronas.

Tal vez en esta ocasión la Avellaneda no fuese tan sensible al halago de los aplausos, absorbida por más íntimas preocupaciones. Seis meses más adelante, alejada ya definitivamente de Gabriel García Tassara, vendría al mundo la hija de ambos. Por lo que se desprende de las cartas de la poetisa publicadas por Méndez Bejarano, el promotor de la ruptura fué Tassara, alegando falsas y graves acusaciones contra su amante. Ella trata de defenderse con la impetuosa violencia de su carácter; pero en el tono de sus palabras se ve cómo, más que justificarse, busca desahogarse del desengaño sufrido, quejarse de la injusticia del hombre al que había sacrificado todo.

Copio a continuación algunos párrafos de la carta escrita por ella a raíz de la ruptura:

"Había ofrecido usted venir anoche y yo lo deseaba, no para renovar las escenas del domingo, porque ellas han despedazado mi corazón, y si se repitieran caería muerta a los ojos de usted. Deseaba que usted viniese porque había hallado lo que anteanoche busqué inútilmente; porque usted me dijo palabras que yo puedo probar son injustas y crueles con sólo manifestar a usted algo que usted no ha visto, que yo no debía enseñar, pero que enseñaré, sin embargo. En fin, deseaba ver a usted porque ha herido de muerte mi corazón y mi orgullo, y es fuerza que yo obligue a usted a hacerme justicia antes de separarnos para siempre.

No tema usted reproches, no. He comprendido perfectamente todo el horror de mi suerte; ha pesado sobre mi alma toda la grandeza de mi desventura... Yo no me quejaré ni volveré a usted a ver correr mis lágrimas; se lo juro a usted, Tassara. Pero venga usted esta noche; me precisa hablar con usted; procuraré hacerlo con serenidad. Después de esta última conversación, usted quedará libre para hacer lo que guste y dentro de seis días estaré yo lejos de Madrid.

Espero a usted esta noche; nos veremos por última vez acaso; pero es una necesidad absoluta que nos veamos hoy. Repito que no tema usted nada. Reconvenções mías no las oírás usted, y si usted cree que puede verse comprometido con otro hombre, hace usted una injusticia a mi talento y a mi corazón. Una mujer como yo sabe pasar por ligera, por incomprensible, antes que comprometer por su causa a nadie."

Tassara no fué. Le acobardó seguramente la escena que, pese a las protestas de la carta, le hubiese esperado en su entrevista con "Tula", y no sentía demasiada curiosidad por conocer esas pruebas de la inocencia de su amante, porque probablemente las daba por buenas y tal vez la había acusado de infiel sólo por buscar un pretexto para la ruptura. El debía atravesar en aquellos momentos por el estado de espíritu habitual, después de una gran pasión, que se casacteriza por un ansia de libertad. El que ha estado intensamente enamorado es como el que ha estado preso, y su solo afán es verse libre de las cadenas.

Gertrudis, sin embargo, seguía aún enamorada, seguía aferrada al deleite de la cautividad, que suele tener más atractivo para las mujeres que para los hombres. Su carta airada y violenta a Tassara lo demuestra. No hay mujer que desee una "última entrevista" si no es con la esperanza de que justamente no sea la última. Pero al no recibir contestación, reaccionó como muy pocas enamoradas habrían reaccionado. No insistió más, no volvió a rogar ni a humillarse.

Es admirable cómo esta mujer que se veía próxima a tener un hijo, sola, soltera, expuesta al escándalo en un trance en el que cualquier mujer hubiese pedido amparo, se dispone a afrontarlo sola. Es muy probable que de una manera tan violenta como se había enamorado de Tassara sintiese después la decepción, el horror de haberse entregado a un hombre que no merecía su cariño y que por eso no tratase de ligar su vida a la de él cuando iba a nacer la hija de ambos.

Marchó fuera de Madrid—como lo anuncia en la carta a su amante—, para evitar el escándalo, y, en el mes de abril de 1845, dió a luz una niña débil y enfermiza a la que se le puso el nombre de María, pero a la que ella llamaba Brenhilde.

La Avellaneda, esta mujer insatisfecha, anhelosa de entrega y de amor, que desbordaba vitalidad, concentró todo el ímpetu de su alma en esta criatura enclenque cuya mirada triste le recordaba la mirada de su amante. Pero Brenhilde vivió solamente siete meses, indecisa entre la vida y la muerte. La madre no dejó de consultar constantemente a los mejores médicos, de tratar por todos los medios de retener aquella vida que quería huir y que constituía el eje y el sentido de la suya propia. Pero fué una lucha agotadora y estéril. Llegó un momento en que la madre se dió por vencida.

Ya hacía mucho tiempo que había roto todo trato con Gabriel García Tassara, el cual ni siquiera conocía a su hija; pero en este momento angustioso acudió a él por última vez y le escribió una de las cartas más desgarradoras que se hayan escrito. Copio a continuación algunos fragmentos, índice del más crudo momento de dolor de esta vida de la Avellaneda, tan llena de sinsabores:

"Tassara: aún vuelvo a escribir a usted, y lo

que es más, estoy sesuelta, si usted desatiende a mi carta, a buscarle por todas partes y a decir a gritos, donde quiera que le encuentre, lo que voy a manifestarle por escrito.

Mi Brenhilde, mi hija, se está muriendo... Pero no morirá sin que su padre la bendiga; sin que vea este rostro, en el cual la naturaleza ha estampado en una maravillosa semejanza la más elocuente condenación a su conducta de usted.

Venga usted, Tassara; de rodillas se lo pediré si es preciso; para mí no hay nada fuera de mi niña; ni temo desprecios, ni evito humillaciones: me arrojaré a los pies de usted para suplicarle que dé una primera y última mirada a su pobre hija... En mi desesperación no retrocederé por conseguirlo ante ningún género de escándalo. ¿Y es tanto lo que pido...? ¿Es sacrificio tan grande para usted que no pueda concederle? ¿Qué es lo que teme usted? ¿Quiere usted que no piense nadie que es usted padre de mi hija? Y bien; yo publicaré que no lo es; diré que la tuve del verdugo, si es preciso; diré cuanto usted quiera. Pero véala usted un momento, bendígala en su corazón; yo no soy como usted, ateo; yo creo en Dios y en la vida eterna: no me resigno a que mi hija muera sin su bendición de usted.

Sea esta condescendencia, Tassara, el último adiós que reciba de usted la mujer que tanto le ha amado y le bendecirá al morir.

Por Dios, venga usted; yo espero, y Brenhilde se muere... Serás un monstruo de baja estatura si me rehusas este pequeño y tristísimo favor. Tassara, te espero. Tula."

Y, a pesar de todo, Tassara no acudió.

En este punto es donde la figura de Tassara se desmorona por completo. Su postura de amante desdeñoso, abrumado por un amor que no comparte, es justificable, dado el que pocas veces las pasiones resisten la prueba de ser correspondidas. Pero en lo que Tassara no tiene justificación alguna es en su actitud frente a Brenhilde. Un hombre puede despreciar a la mujer que más le ha amado, puede abandonar y agraviar a la amante más abnegada; pero el hombre que se niega a su propio hijo es como si se negase a sí mismo, como si se menospreciase a sí mismo. Tassara, negándose a contemplar por primera y última vez el rostro de su hija, donde estaba impresa su herencia, se convierte en un ser deforme, inhumano, capaz de desdeñar lo que un hombre no puede nunca desdeñar, que es la propia sangre que alimenta su corazón.

La niña murió el 9 de noviembre de 1845. La partida de defunción dice que la párvula de siete meses María García Gómez de Avellaneda, hija de D. Gabriel y de D.<sup>a</sup> Gertrudis, naturales el primero de Sevilla y la segunda de la isla de Cuba, falleció a las tres de la mañana del día 9 de noviembre de 1845, en la calle de la Ballesta, número 4, principal, de una afección cerebral, según certificación del facultativo don José Roviralta, y que fué enterrada el mismo día en el Cementerio de la Puerta de Fuencarral.

Este fué el fin de la historia de la Avellaneda y Tassara. Ya ella no le volverá a escribir nunca más, no lo buscará, ni siquiera pensará en él. Le había quedado de su dramático amor un sentimiento menos agrio que el rencor, pero más desolado: la sensación de que nunca le había conocido, de que no había pasado por su vida. Prueba de ello es que cuando, años más adelante, lo vuelve a encontrar no hace ninguna alusión al pasado, estrecha su mano, cambia palabras triviales con él como si fuese la primera vez que lo encontrara.

Semejante desenlace no es habitual en las relaciones de amor. Siempre queda un poco de pasión o un poco de despecho o, en los más de los casos, porciones equivalentes de ambos sentimientos. Pero esta vez no podía ser así. Y no porque "Tula" fuese una mujer distinta, sino porque él se había salido del mundo aquella noche de noviembre que no fué a ver a Brenhilde moribunda; porque se había convertido en un ser infrahumano, sin calidad vital alguna, y desde ese punto, para su amante, quedó borrado todo sentimiento cordial, favorable o adverso, hacia él. No fué que dejase de amarle, sino algo más grave, más difícil: fué que dejó de haberle amado.

No puede darse ningún otro final de un amor tan desolado y tan árido.

MERCEDES BALLESTEROS  
DE LA TORRE

(Dibujos de Carlos S. de Tejada.)

